

[Cajón (de)sastre]
SECRETOS
Lidia Morales

“*Nunca*”, dijo ella, y se quedó vibrando en el aire la voz, por un rato, hasta que se fue apagando en mi cabeza. Después, de a poco se filtró otra vez la música que había elegido antes para que nos ondulara alrededor.

Hasta ahí era una noche de esas: una mujer que te gusta hace mucho, la excusa del frío para encender un fuego y tomar algo fuerte, y todo el tiempo por delante. Y entonces ella dijo esta palabra que desata la historia.

Me estiré apenas y alcancé la barra para mover los leños; el fuego chisporroteó y el cuadrado negro del hogar fue un diminuto cielo de fuegos artificiales, mientras la palabra empezaba a resonar otra vez en mis oídos con la misma raspadura suave con que había atravesado el aire. Nunca, decía, y delimitaba un bloque cercado donde cabía todo el pasado.

“*Yo sí hubiera vuelto alguna vez*”, dije, “*Por lo menos una vez*”, y le buscaba la cara esperando que por un parpadeo ella dejara de mirar el fuego o el techo y me abriera esa compuerta de agua oscura que le conocía. Los hombros se le levantaron apenas. Para qué iba a volver. No había tenido ganas de saber nada de todo eso, la casa, el lugar, y mientras hablaba se pasaba la mano por el pelo, empezaba cada frase con un suspiro y la deshacía en una risita nerviosa, hasta que miró en redondo los muebles y buscó fastidiada el equipo de música como si fuera el culpable de la melancolía que flotaba en la sala. De un salto la hice desaparecer, con urgencia; toqué botones hasta que el espacio se puso como de fiesta con la banda que había entrado a tocar, pero me pareció mucho para esa noche con secretos al lado del fuego; una combinación que no se podía estropear. “*Es mucho*”, dije como disculpándome, y busqué otra densidad para el aire, maldito aparato, dónde había una música adecuada, hasta que aparecieron unas guitarras esperanzadas que llenaron todo de encajes. Ésa le gustó, y empezó a mover un poco los pies, como si bailara, pero yo vi una huida.

No le sirvió de nada porque la acorralé, con guitarras y todo; volví a hacer la pregunta, por qué se había ido así, y la avancé, le puse la mano en la pierna. Insistí porque me parecía que ahí empezaba eso tan oculto que nunca me había podido contar, como si sólo pensar en decirlo la estrangulara.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se deslizó hacia abajo, se entregó a buscar recuerdos en las vigas. Así supe que la casa era linda, o por lo menos había sido linda. Estaba como en una lomita, a unos tres metros, que iban bajando hasta el cerco de plantas que la rodeaba. Ella describía tan vivas a las cosas que yo me perdía hacia adentro en las imágenes, mirando el brillo de la ginebra que caía en el vaso. Pero seguía sin contestar por qué la había abandonado tan limpiamente, hasta que algo se agravó en su voz: “*..por fuera era linda.*”

Yo tararé el "Por ahí andaba Garay..", pero ella no dijo toucheé ni nada y siguió mirando el aire como un poeta que trata de recordar unos versos viejos. Dijo que la casa era oscura, que uno prendía la luz y parecía que las paredes se la comían. Nunca había logrado verla bien iluminada: ahí adentro una gran boca negra se tragaba la lamidita de sol esmerilado que llegaba. La luz parecía quebrarse en las ventanas y entraba renga, apaleada... Sí, esa palabra usó, *apaleada*. De eso me acuerdo bien, aunque no tiene importancia. Me acuerdo porque yo me reí; me reía como el chico que está por subir a un juego peligroso.

El tema de la luz la cambió de pronto: ahora sufría, o empezaba a asomar algo que en ella sufría, y se puso peor cuando dijo que al atardecer tenía que forzar los ojos para no tropezarse con algo. La boca pareció empezar a temblar, o era la cara que de alguna forma se esforzaba por no huir, "¡Y no se veía nada!", cerró de pronto con rabia, y nos quedamos callados.

A mí me gusta mucho mirar el fuego. Es como un juego virtual, para perderse hipnotizado en sus instancias infinitas: mirándolo uno cree entender cuál es esa belleza que buscan los bailarines, pero al instante se duerme, y lame sin apuro, o es una bandera de seda en el viento. Ella estuvo todo ese tiempo mirándose las manos, floja. Yo no quería que se escuchara ni mi respiración, pendiente de lo que vendría. Y vino, porque declaró que eso de la luz era lo de menos, que sí se veía algo, y luchó con alguna traba implacable hasta que lo largó como un cuchillo que me pasó silbando delante de los ojos: "Estaba llena de fantasmas".

Mi mano hizo desaparecer las guitarras, y su voz fue desplegando, borrosamente, el principio de la historia: en la penumbra de la casa, lo único que veía era la presencia gris de alguno. A veces. Asomando atrás de algún ropero.

No me pareció bien mostrarle que me daba risa, y todavía sonreía como invitándola a cerrar la broma, pero ella seguía; que no era verlos de verdad, sino ver con otra clase de ojos. Saber que está ahí, saber qué aspecto tiene, saber cómo está vestido.

Eso me alivió, sin saber por qué. Estaban vestidos; cada uno con su ropa, ropa como de humo pero siempre la misma. Y me empezó a describir uno a uno los fantasmas de su casa, como si hablara de los vecinos.

Uno era una sombra oscura; no sabía bien, nunca lo había visto entero. Sabía, sentía que estaba asomando detrás de algún mueble pero si miraba bien ya no lo percibía. Estuvo mucho tiempo convencida de que imaginaba cosas. Después ya no.

Entonces pensó que esa forma oscura era una fase anterior a aparecerse claramente, que era alguno de los otros dos, y yo dije alarmado qué otros dos, y resultó que sí, que eran tres en total. Pero de a poco se fue dando cuenta de que no era una fase; que era así, que era otro, uno que la buscaba pero no quería mostrarse, que le tenía miedo a ella.

Enseguida empezó a hablar de otro más, uno que tenía una especie de sobretodo gris claro, cerrado hasta el cuello. Era un hombre grande, delgado y blanco de piel, con ojos claros, como un extranjero. Y el tercero, vestido siempre con una camisa azul, era un viejo grueso y bajo, ... italiano, le parecía, con el aire de un jubilado que se sienta a la puerta a mirar la calle.

Yo empezaba a imaginarme la vida a partir de esa noche. Si eso era verdad, nunca más iba a ser la que yo había conocido. Era abrir una puerta que no se iba a poder volver a cerrar.

Me tomé un respiro moviendo los leños. La seguridad que yo había manejado toda la noche se me deshacía: no entendía bien si todo era un juego de ella, tenerme dos horas escuchando un invento y después reirse. Pero era riesgoso apostar a una sola carta. ¿Y si de verdad ella estaba convencida de que había sido cierto y se sentía defraudada porque no le creía? Destelló la otra posibilidad: ella estaba loca y yo era el único que no lo sabía. El fuego se reanimó y antes de darme cuenta yo ya estaba jugado. Había estado esperando su mirada desde que iba caminando a abrirle la puerta, después de su timbrado corto, con el fuego encendido y el pecho como un tambor, y sentí que no tenía que seguir esperando: tenía que salir a buscársela. La miré intenso: *“Si vos me decís que esto es verdad, yo voy a creerte”*.

No me había equivocado. Se hicieron agua luminosa sus ojos, y pareció aflojarse. *“Gracias...”*, dijo casi en secreto, y bajaron sus párpados suaves. Un puente se formó entre nosotros y yo también me largué a correr por donde ella me llevaba.

Estaba convencida de que ellos rondaban todo el tiempo por las habitaciones, aunque ella no lo advirtiera, y que de pronto algo sucedía en su percepción; hacía contacto y los veía, como si se abriera un pasadizo. Yo me había entregado al asunto, y evaluaba seriamente esta inusitada posibilidad. No me cerraba la idea del pasadizo. Se me ocurría que no podía ser así, porque una brecha se abre entre dos lugares que están separados por algo, y esto me parecía como un bloque dentro de otro bloque, dos dimensiones del mismo lugar y el mismo tiempo. Cuando se daban algunas condiciones insospechadas, se hacían visibles uno para el otro. Oh, caramba, tú también estabas aquí. Mientras trataba de explicar lo que pensaba, otra parte de mí mismo se reía de mí.

Ella siempre volvía a sus manos y también trataba de encontrar palabras. Pensaba que en ese caso ellos también habrían parecido sorprendidos de verla, y en cambio estaban siempre serios, si no estaban tristes. No aparecían juntos, pero a veces en el mismo día encontraba varias veces a cada uno, y otra vez le tembló la boca, era un infierno, decía, era un infierno, los tres con ese aire doloroso de los entierros, como si se les hubiera muerto ayer mismo alguien muy amado y aquello los hubiera fijado en un día de dolor; un día horrible que estaba presente en los tres. Pero no hablaban, no se movían casi. Uno sí: la sombra, que a veces parecía adosarse a su espalda estremecida, como insinuando un abrazo que nunca llegaba, o le rozaba el pelo.

Y el otro, el canoso tan pálido, con sobretodo gris, ése la miraba nada más. Cuando lo veía estaba parado frente a ella, a unos metros, y sólo la miraba, casi impúdico, porque la hacía cómplice de su dolor como si fuera un pariente, como si ella supiera perfectamente por qué sufría; esa mirada que se cruzan dos de la misma familia que ya no necesitan hablarse. Una cara trágica. Ella trataba de no mirarlo y hacía sus cosas, pero no podía seguir; al final se daba vuelta y lo veía ahí, mudo, hasta que todo lo que tenía se le caía de las manos, y huía a otra habitación.

Cuando le pregunté por el italiano se distendió y hasta le apareció una sombra de sonrisa. Ése no la mortificaba, pero había días en que brotaba en su lugar habitual, paradito así entre la segunda y la tercera puerta del placard grande, con las manos gastadas medio juntas sobre la camisa azul, y la miraba con una desolación tan modesta que le apretaba el pecho. No la inquietaba, pero él también, como los otros, emitía un chorro de aire más denso que el de la

habitación, una cosa ancha que salía de él, la inundaba y seguía de largo. Eso mismo que viene desde las personas, su vibración en el aire, pero más potente, porque era como desnudo, pelado, sin disfraz. Llegaba puro. La del viejo era una tristeza pura pegándole en todo el cuerpo.

Ella le acercaba ramitas al fuego y una especie de alegría jugaba en la base de las llamas. La voz le salió opaca:

“...Y después estaba la mujer.”

Ah, ¿había una mujer también? Evoqué un holograma grisáceo de hermosa escondida por tules, flotando, como reclinada en el aire, que se deshizo cuando ella habló. No era como los otros. Era un retrato, nada más que un retrato, que estaba escondido atrás de un tuallet de ésos con espejos laterales que se mueven. Al cerrar un poco el espejo de la izquierda, ahí estaba ella. La contemplaba, triste, desde una foto ovalada, justo a la altura donde habría visto su cara si la mujer hubiera estado de cuerpo entero.

Tenía una belleza de otro tiempo, con aire de mártir, serena. Era joven. Ella sabía que no podía tener más de 28 años porque la tía antes de morir había vencido su eterno hermetismo, había soltado un poco el candado de su boca y entrecortada le contaba desde la cama la historia de la chica del cuadro, que había muerto a esa edad.

Me acordé de la tía. Ella me la había mencionado alguna vez, como si fuera la única familia a la que podía referirse. Siempre había vivido con ella, y hacía cinco años le había dejado la módica herencia de la casita, que pensó al principio en arreglar un poco. Pero apenas se quedó sola empezaron a aparecer *ellos*. Un embrollo de sus dedos flacos luchó sobre un pliegue que le hacía la ropa sobre las piernas, y enseguida se puso a querer meter una uña debajo de las otras. Tuve el impulso de separarle las manos, y sentí desde ellas la calma que se iba derramando por su cuerpo.

La del cuadro nunca se aparecía como los otros, pero siempre estaba como una presencia ahí atrás; ella sabía que estaba. Era como un pariente de ésos que se quedan solos y uno los deja vivir en casa. Pero era sólo eso: el rostro en la foto, y el resto era... de nube, o de humo, no, de algo, de presencia en el aire. Tal vez color sepia, como el retrato.

Me pareció que el fuego se estaba consumiendo todo el aire de la sala, y respiré fuerte. Entonces teníamos...El Extranjero, el Pobre Viejo, el tímido que parecía una Sombra..., y la Sepia. ¿No había más?

A ella no le gustó mi tono cuando me puse a hacer el recuento.

“Vos no creés lo que te estoy contando”, dijo, y parecía una nena de pronto. Como seguía con la cara escondida por el cabello se lo corrí con suavidad y ya me parecía que podía tocarla toda, acariciarle la cara, bajar por el pulóver dejándome llevar por las ondulaciones, buscar la piel y dejarla resbalar bajo los dedos, saber qué consistencia tenía la cadera..., pero no iba a ser esa noche; apenas le rocé el pelo y se lo llevé hacia atrás para verle las mejillas temblorosas. ¿Por qué no iba a ser verdad? ¿Qué cosa es verdad, lo que vemos con nuestros ojos nomás? Todo es un gran misterio, y nosotros andamos a tientas. Sus ojos (¡tan lindos siempre!) me dieron una mirada otra vez. Entonces sentí que estaba listo; que me había venido enamorando como un tarado pero a la vez, ah, qué alivio, otra vez el amor. Y fui yo el que sintió que podía confiar.

Me acordé de una noche en que tuve que conducir sin limpiaparabrisas en medio de una tormenta infernal. Se había cortado la luz en la calle y los árboles viejos se sacudían como plumeros sobre el camino; yo sabía que era cierta la posibilidad de que uno cayera justo sobre el auto. Esforzaba los ojos para ver la calle que apenas se vislumbraba, y el espejo retrovisor era un pozo negro. Le conté lo que había pensado aquella noche, que la vida era igual a ese viaje a ciegas, manejar mal un vehículo prestado sin ver bien el camino, mientras vamos dejando caer en el pozo de la luneta trasera cada cosa que vivimos. Ella asentía, con los ojos muy abiertos, y de pronto me puso las manos sobre el brazo; buscaba una luz que aclarara todo, una explicación para lo que había vivido allá.

Entramos otra vez. ¿Qué había pasado con la casa? Me la imaginaba cerrada bajo sus persianas, callada, con los personajes que acababa de conocer deambulando por las habitaciones. ¿Y la foto? ¿Qué habría pasado con la foto?

Ella tuvo un instante de duda, y hasta me pareció que mentía por primera vez. Dijo que como existía la posibilidad de que otra gente hubiera ocupado la casa, imaginaba que estaría saqueada, y seguramente la habrían tirado. Me dio pena la Sepia, y esperé que también ellos le hubieran tenido lástima. Después de todo, ella tampoco sabía quién era y la había dejado vivir escondida atrás del espejo.

Otra vez lo único que le interesaba era el fuego. Y yo le daba tragos cortos a la ginebra, tratando de encajar este planeta nuevo en el sistema de mis ideas acerca del mundo. Los dos nos alejábamos de la historia que se iba bordando de a poco. ¿Es que nos daba miedo a los dos? ¿Por qué ella se había sumergido otra vez, hipnotizada por el fuego? ¿Qué le había molestado? ¿Mi pregunta? No, no le había preguntado nada, le había dicho... Le había dicho “*Vos tampoco sabías quién era y la dejaste vivir escond...*” Y ahí me di cuenta de que la Sepia no era tan desconocida para ella, porque de alguna manera estaba atada a recuerdos muy viejos. Dijo que cuando era chica le gustaba contemplar a la mujer del cuadro, y quería parecerse a ella cuando fuera grande. A veces se peinaba igual y jugaba con el espejo: se miraba y después lo movía para ver la foto detrás. A la Tía no le gustaban estos juegos, pero casi nunca hablaba; había que sacarle las palabras con mucho esfuerzo, como abrojos en la lana, así que no era mucho lo que había podido saber de ella ni de cómo había llegado el retrato a la casa.

La Sepia era de Entre Ríos; el padre trabajaba en las aduanas, y lo trasladaban de un puerto al otro por su trabajo. Tenía catorce años cuando la familia llegó al pueblo con el último traslado del hombre.

Eso fue todo lo que supo por mucho tiempo. Después encontró las cartas. Algo dentro de mí saltó: “*¿Cartas? ¿Cartas de ella?*”, y ella volvió a sus manos, y muy bajito, como para que no la escuchara en realidad, dijo “*No, de él.*”

Las cartas eran de un hombre que la quería, un inglés que estaba construyendo edificios para una empresa de importaciones. Ya era un hombre grande cuando la conoció; le llevaba más de veinte años, pero ahí paró en seco la soledad de su vida gris y quiso casarse con ella.

Las cartas que había encontrado en una caja, revisando el ropero de la tía cuando ya se había quedado sola, estaban escritas en un castellano duro, casi literario. A veces, de tarde, se sentaba en la penumbra del comedor y abría conmovida la cajita de madera donde estaban guardadas. Las fue leyendo de a poco, porque era triste leer esa voz hablando de amor desde el

otro lado de la muerte. Las cartas de amor del viejo emanaban esa esperanza lánguida y frágil de los que no son amados, y a veces dejaban escapar una pasión sofocada; prometían una vida feliz, segura, y se deshacían en ternuras. Las había leído tantas veces que recordaba partes enteras, cosas como *toda la vida podría esperar que me mires como yo sé que tú puedes mirar a un hombre*, o *Cada vez que te abrazo agradezco a la vida, aunque me tiembles contra el pecho como mariposa siempre a punto de escapar...* Se acordaba de todo eso, y me lo recitaba en voz baja.

Pero la chica quería a otro, a uno que era todo sudor y miradas de huracán. Ése vivía en una casa muy parca que estaba cerca de la de ella, y se conocieron cuando ya estaba casada con el inglés. El padre del muchacho, que vivía con él, había tenido algún oficio que ya no practicaba, y él fabricaba artesanías en madera. Me pareció que tantos detalles ya eran parte de su fantasía, pero ella se volvió a mí irritada de pronto: “*¿No querías que te contara? Eso es, eso es, lo que te cuento, ése es el embrollo, el acertijo! Todo eso sé, lo sé, no me preguntes por qué!*”, y después fue bajando de su rabia de a poco, pero siguió hablando apasionada.

No sólo había cartas. Las otras cosas que había en la caja ya no eran del inglés. Había una cadena de madera, tallada y tallada despacio hasta lograr que quedaran los eslabones unidos para siempre, y desde siempre, como habían estado en la sustancia del árbol. En uno de los eslabones habían escrito “*así es nuestro amor*”.

Estaba hermosa conmovida ahí frente a mí, temblando en el aire con el recuerdo de la cadena que claramente no podía ser del inglés de las cartas. Él sabía que no era así el amor de ellos, y además era hombre de planos y papeles, no de tallar madera. Yo me imaginaba al otro, el muchacho, el amante, sentado debajo de la parra, en el patio, tallando la madera y esperando que ella llegara, mientras el inglés estaba trabajando. El padre de él sabía. Se hacía el distraído y se iba a la plaza del pueblo, a sentarse con los otros jubilados, y cuando volvía no preguntaba nada.

Ella había tratado de armar toda la historia aunque fuera con hilachas de relatos de los vecinos del pueblo, que seguramente los habían conocido. Pero todos esquivaban las preguntas, y si ella había estado dejando caer comentarios casuales en el almacén, apenas pasaba el marco de la puerta los oía cuchichear a sus espaldas. Había algo que no decían.

Y en la caja también había un avioncito. Un aeroplano de madera, lijado con mucha paciencia, lustrado con amor, escondido mucho tiempo junto con la cadena, como una promesa de vuelo.

“*Y cumplió*”, dijo ella, “*porque...*”, y yo no le permití terminar porque vi, quise ver, el final feliz. “*¡Se escaparon juntos!*”, solté como para empaquetar la historia, pero un ramalazo frío le atravesó la cara: Se habían ido juntos, pero no en avión. Qué avión iban a tomar, si él era un pobre que no tenía ni para sostenerse solo.

Yo no quería escuchar esa parte de la historia, pero tuve que oírla: se habían muerto juntos. Se habían muerto los dos en la casa de él, cuando se incendió. Y yo salté y casi me levanto del sillón. “*No!*”, *no me digas eso!*”, le dije. Estaba espantado, la escena era más horrible de lo que

Un incendio! Se habían quemado! Nuestros ojos quedaron atados desesperadamente; la cara de ella se desarmaba en pedazos y llovía. Y entonces fue cuando nos abrazamos como náufragos, y yo de pronto le estaba acariciando la cara mojada, le daba un pañuelo, la besaba como un hermano; todo al revés de mis fantasías, pero ésa era la verdad; había en ella un

pozo oscuro con relámpagos, y me pareció que atravesarlo era la prueba para llegar al castillo donde me esperaba la famosa princesa. Estaba lleno de bravura y ya me parecía correr de vuelta llevándola de la mano, entre lenguas de hielo y telarañas. Los dos veíamos en los ojos del otro, pero ninguno lo decía, la escena de los otros pobres dos entre las llamas. Y ella repetía *“horrible, horrible, fue horrible”*, como si lo hubiera vivido.

La historia de la Sepia arrancada con las uñas al silencio de la gente le había ido explicando quiénes eran sus fantasmas privados; ya había entendido, ya se había dado cuenta de que eran todos ellos. El inglés, la mujer, ese muchacho oscuro. Hasta el jubilado, el padre, el que se hacía el distraído y se debía haber muerto por la mismísima culpa.

Fue entonces que empezó a preguntar por ahí. Toda esa gente estúpida, que la miraba y bajaba la vista, no necesitaba hablar para que fuera armando el rompecabezas. Se les escapaban gestos, hilachas de palabras. Supo que todos pensaban que el inglés lo había hecho. *“Hacer qué!”*, casi grité pero ya sabía; a ella la impacientó mi miedo, y también gritó, *“¡el incendio, el incendio! Qué otra cosa iba a ser, el incendio! ¡Los quemó, los quemó como a ratas!”*

Hubo un silencio largo, me acuerdo bien. Nos quedamos un rato largo mirando el fuego, y yo le acariciaba la mano que había apoyado en mí.

Esa tarde atroz el Inglés había llegado inesperadamente a su casa, sabiendo que no iba a encontrar a la mujer, y había vuelto a salir decidido como un muerto.

No sabía que había pasado después con el Inglés, pero era claro que por dentro también había muerto ese día en que dejó saltar el volcán de la furia y prendió el fósforo con las manos tiritando y la nariz apretada por el olor a kerosén.

Eran todos ellos.

A partir de ahí ya empezamos a nombrarlos. Si la Sombra era el muchacho, qué tenía con ella que siempre parecía querer tocarla, abrazarla, interponiéndose entre ella y el espejo para que quedaran sus ojos superpuestos, mirándola con los de ella. Por qué el Inglés la miraba así. Y por qué tenían que estar todos en una casa donde nunca habían vivido. ¿Era porque no querían alejarse del retrato de la Sepia, como si fuera el lazo que unía su patética existencia con este mundo?

Ella volvía y volvía al relato de ese día, y otra vez el inglés llegaba a la casa, y la miraba hueca en todas las habitaciones, y volvía a salir, pero en esta nueva versión que me daba, agitada, ella rascó de pronto lo que quedaba en el fondo del cuento y dijo *“...sacó a la nena de la casa de la vecina y se la llevó lejos..”*

“¿La nena?”, la interrumpí, *“¿Qué nena?”*

Tenían una nena de pocos meses. La Sepia la dejaba en la casa de una vecina, que fingía creer las excusas, para escaparse a la casa del Sombra. El Inglés la arrancó de los brazos de la vecina como si fuera un paquete y se la llevó a otra parte, la dejó en la casa de una mujer que él conocía. Y después hizo el camino de regreso y ...

Tenían una hija. Me imaginaba al Inglés caminando decidido por la calle, mirando cada tanto la carita de la nena, que no iba a volver a acariciar, y de pronto me asaltó otra imagen:

la llevaba como a un estorbo, llena de puntillas, sin mirarla ni hablarle en secreto como les hablamos a los bebés, la entregaba a cualquiera, porque no era suya.

“*Pero, ¿era de él la nena, era su hija, o era del otro?*”, le exigí, y ella se dio vuelta como si la hubiera mordido, y afirmó que de él, pero enseguida dudó: no lo sabía. O sí.

No importaba lo que había podido averiguar en la calle. Lo esencial de la historia, los ríos que le corrían por dentro, se lo habían contado *ellos*. En la casa todo era silencio, y se oía el tic tac del péndulo, claramente. Como si estuviera sola. Pero brotaba su presencia de vapor helado, sus caras mudas que aturdían con el dolor insistiendo a su espalda. No voy a mirar, se prometía, pero levantaba la vista del plato y ahí estaba el Inglés, al otro lado de la mesa oscura, detenido en el aire. Empezó a hacerles gestos de fastidio, pero se iban cuando ellos querían. Hasta que no pudo escuchar más.

Una noche, antes de acostarse, se quedó largo rato parada en el centro de la habitación mirando uno a uno los muebles y los cuadros, las carpetas tejidas, el reloj de péndulo. Cuando se metió en la cama y apagó la luz, esperó que la poca luminosidad de la calle se derramara por el cuarto y serena y grave se fue hundiendo en el sueño, pero antes de dormirse alcanzó a ver al Sombra disimulado en un ángulo, como casi todas las noches de esos últimos días.

El sol vertical de la ventana la despertó y lo primero que hizo fue caminar hasta el ropero para sacar un bolso y la valija. Guardó algunas cosas, su ropa apenas, y estuvo a punto de tomar la caja pero su mano se detuvo antes de tocarla. Su tarea desató una espiral de movimientos alrededor, de gritos desesperados, urgentes, en el silencio. A mí me parecía que esas voces lentas se acercaban de verdad, superpuestas, cada vez más intensas, hasta que se cortaban con un portazo.

Escondió la cara en mi hombro. “*Pobrecitos, pobrecitos, los dejé, ¿quién va a escucharlos ahora?*”, decía, y yo la seguía abrazando, saltando de sus palabras a mis pensamientos. De a poco comprendí, como una revelación de ventana abierta de par en par, que ese ser que me temblaba en los brazos, también ella como una mariposa a punto de escapar, vivía el momento más intenso de su vida, sin darse cuenta todavía de lo que yo ya había entendido: Ellos no querían contárselo a nadie más. Era una historia sólo para ella; era su propia historia.

“*Pero no habías terminado de escuchar*”, me atreví a decirle. Ella salió del hueco de mi abrazo.

“*Qué más tenía que escuchar*”, dijo, y se quedó muda de pronto; su mirada viva saltando por mi cara, el pensamiento una flecha ardiendo, hasta que se levantó sacudida por la revelación con la mano en la boca, caminó unos pasos y llegó a la puerta. Esa es una foto que me aparece siempre que recuerdo esa noche; metía los dedos entre el pelo, agitada, se apoyaba en la pared.

Después pareció llegar a alguna parte, y me miró mansa: “*Yo soy la nena*”, suspiró, y sacudía la cabeza, “*yo soy esa nena*”

“*A mí me parecía que sí*”, le dije probando, y dudaba, pero ya estaba dicho: “*¿Y no los vas a perdonar?*”

Me miró por un momento sin decir nada, paralizada y alta junto a la puerta, y yo había empezado a levantarme para ir hacia ella cuando intentó una sonrisa, giró como una nube y

salió, y me quedé en medio de la sala mirando la puerta cerrada. Qué iba a hacer, no iba a correrla por la calle. Ella tenía que vivir sola lo que era sólo suyo.

Después viví varios días como sonámbulo, luchando con mis ganas de buscarla y esperando que cada llamada en el teléfono fuera la suya.

Hasta hoy. Llegó una carta y me decepcionó el tamaño del papel cuando rompí el sobre. Pero después lo leí y me quedé largo rato escuchando los parpadeos del fuego. Decía:

“Volví a la casa, los miré y me miraron por última vez. La verdad entró en mi cuerpo como un río.

Mañana me voy de aquí, igual que ellos, y esta vez es para siempre.

Va a hacer falta mucha leña para todo lo que tengo que contarte”

Un escriba contaba una historia con su voz de papel, escondido en un hombre que contaba la historia de una mujer que ya amaba, que contaba la historia de otra mujer que le habían contado unas personas que ya no contaban el cuento en el sol de sus vidas.

Él sí te ha estado engañando.

Y ahora sólo espera, pacientemente, que todos ellos le revelen al fin por qué se ha pasado tantos días contándote esta historia, frente a las llamas civilizadas de su estufa.



Tijeretazos [Postriziny] Una revista de literatura y cine
correo@tijeretazos.net www.tijeretazos.net